

La noche del lodo

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

La lluvia en caída constante hacía estragos en Santiago de Almolonga, fundada el 22 de noviembre de 1527. Los vecinos metidos en sus viviendas estaban temerosos por lo que pudiera ocurrir. Fueron tres días de llover con una fuerza extraordinaria, como nunca habían visto en sus tierras de origen allende el océano, allá en la España galana. Fue la noche del sábado 11 de septiembre de 1541 cuando bajó por las laderas del Hunahpu la tragedia envuelta en lodos y cieno. La gran tormenta de agua, lodo, piedras enormes y árboles enteros arrancados de raíz, cayeron sobre la silente ciudad, la traspasaron y la corriente continuó hacia el río Guacalate. La locuacidad del documento original lo dice todo, al comentar que la ciudad quedó cubierta hasta una lanza de alto.

Segundos antes, una mujer, acompañada por sus doncellas, rezaba resguardada por los fuertes y gruesos muros de Palacio. Toda ella, vestida de un negro más negro que esa noche, lloraba sus desventuras, viuda en tan joven edad, repasaba en su mente cada instante de su infortunio.

Don Pedro de Alvarado y Contreras, apuesto y cruel servidor de su graciosísima Majestad, ya había hecho carrera en la conquista de Tenochtitlan a las órdenes de Hernán Cortés. Luego, se le encomendó la conquista y pacificación de Guatemala, lo que llevó a cabo con suma crueldad. Tonatiuh o cara de sol, como se le decía en la lengua vernácula de Guatemala, fue el terror de la disminuida población vencida por el poderío de las armas españolas. Santiago fue entonces la ciudad que se fundó en el sitio denominado en la lengua autóctona con el nombre de Almolonga. Fue un asentamiento pujante, centro de reunión de los conquistadores que se dirigían a Honduras, Veragua, Perú y otros frentes de la conquista. Don Pedro se casa con doña Beatriz de la Cueva, de familia principal y de grandes campanillas en España.

Gritos, ayes, lamentos de todo tipo y que provenían de todas partes eran el resultado de las carreras y desesperación de los acorralados vecinos de Santiago, que trataban de saltar por las ventanas de sus casas, o salir en franca carrera para llegar a la enorme lengua que como una serpe de espanto se tragaba todo a

su paso dejando tan solo desolación, ruina y miseria. Doña Beatriz y sus damas de compañía salían de Palacio aventadas junto con las paredes y muebles hacia la nada. Era como si el Hunahpu quisiera cubrir todo el dolor de los vencidos y toda la altivez de la cruz y la espada en franco contubernio en la conquista.

De vuelta al presente, Celso Reyes, vecino de Ciudad Vieja, describe el Palacio de Conquistadores y refiere que el edificio “...*tenía catorce gradas para abajo donde ella estaba* [se refiere a Beatriz de la Cueva] *la iglesia tenía trece gradas y solo quedó una y se enterraron doce...*”

Pedro de Alvarado, jinete en su caballo, al mando del ejército español se va hacia México a colaborar en la conquista del territorio que actualmente es Guadalajara, pero la tragedia se cierne sobre este bizarro capitán el día 4 de julio de 1541, cuando un accidente le quita la vida. Beatriz, sabiéndose viuda y en el colmo del sufrimiento, cayó en una profunda depresión, mandó pintar su casa de negro, y de luto riguroso imprecaba al creador la muerte de su marido.

La femenil tragedia se troca en la destrucción de Santiago. A los ojos de la patriarcal malicia, las quejas de su frágil condición atrajeron las iras divinas que exhortaron al volcán a vomitar desde su cima los térreos materiales sobre la desdichada Beatriz. La cólera divina se vistió de telúrica fuerza y acabó con la blasfemia de una doliente mujer. En opinión del Obispo Marroquín en una homilía posterior, la tragedia vino a cuento del castigo de la desdichada Beatriz. Fue un misterio de Dios castigar el sentimiento extremo que Beatriz hizo por la muerte de su marido, no comía, no bebía, que al corregirla de esas cosas decía, cegada por el dolor, que sentía que ya *no tenía Dios más que hacerle*. Entonces el procedimiento divino fue *martirizar el cuerpo y salvar su ánima para ejemplo de los que acá quedamos*, y como advertencia a las féminas que quisieran desafiar el *statu quo*. De paso castigó los excesos de los vecinos de Santiago de Almolonga.

Existe incertidumbre respecto al evento disparador de los deslizamientos cuyo material removido se trocó en varios flujos de lodo. La versión más generalizada es la que asocia la tragedia a lluvias intensas y continuas. Sin embargo, se dice que fue un temblor el motivo del desastre. No obstante, este pensamiento podría venir de un error de interpretación del discurso documental original, pues en los dos documentos consultados, escritos por testigos presenciales, se lee lo siguiente: “*y en esto se platica agora[sic] dando infinitas gracias a dios porque los dejó vivos, que se cree que al primer temblor, las casas que quedaron vivas se hundirán y por no esperar otra ira de mano de dios lo quieren dejar todo...*”. La ciudad quedó tan destruida, maltratada y gastada de hacienda y los demás tan atemorizados que todos unánimes no desearon otra cosa sino dejarla y despojarla y que se quede todo perdido.

Hay autores que refieren que perecieron cerca de seiscientos esclavos negros y cien españoles. Como ejemplo, el documento expone de manera ruda las muertes; prueba de ello es el siguiente extracto como un gélido ejemplo de la

tragedia: “*Murió Alonso de Velazco y su mujer e hijo y toda su casa, sin quedar pianto[sic] ni [] más se ha hallado muerto ni vivo. Murió su mujer de Boza Páez con todas sus niñas que tenía de españoles y toda la casa sin dejar amigo y murieron en ella cien personas y solo él escapó con otro español*”.

Las visiones de algunos vecinos al momento de la desdicha fueron sujetas al pensamiento del siglo XVI, un pensamiento rico en imaginación y creencias mágico-religiosas. Un pesamiento que se puede decir barroco. Dichas visiones fueron producto de un miedo sin precedentes de los españoles en América. Un miedo cervical a lo que estaba aconteciendo. Un miedo al miedo mismo de no saber qué sucede y miedo al sospechado odio de los naturales hacia sus verdugos. Describían, con lujo de detalles, grandes diablos negros que caminaban sobre el velo de fango que cubría la ciudad. Uno de ellos en infame acción aplastó con una pesada viga la cabeza de la mujer del regidor Francisco López. Allá ellos vieron diablos, pero desde la distancia del tiempo, se observa a un desesperado negro esclavo, conocedor del miedo colectivo de sus amos y deseoso de agarrar la oportunidad por las orejas y romper la cadena de la esclavitud para siempre. También veían vacas endemoniadas que atacaban a la gente, vacas que lejos de tener al diablo metido, posiblemente estaban más asustadas que el susto mismo y en su carrera a la salvación no reparaban en cristiano que se le pusiera por delante en su desenfadada carrera por la vida.

Negra noche de septiembre arrasó la joven altiva población orgullo de la conquista. Bajo dos metros de cieno quedó enterrada, pero esos metros de cieno pusieron al descubierto el terror por la venganza aborígen. El pueblo estaba de luto por la reciente muerte de Alvarado, y después lamentos, lloros y desconsuelos que inflamaban el aire por los difuntos de la tragedia de septiembre, hacen que el obispo encomendero Marroquín exprese todo su temor en una de las homilias de consuelo al pueblo. No era tiempo de llorar por los muertos, decía, sino de orar a Dios y les encomendó que quitasen los lutos de ellos y de la iglesia y se alegrasen, pues *ninguna tristeza bastaba para tan gran pérdida. Por amor de los naturales el pueblo debía alegrarse para que éstos no pensarán que estaba tan desconsolado y frágil y tomaran alas y malos pensamientos*. Que no piensen que estamos descuidados, seguía exhortando aunque decía, para consuelo de su alma inquieta, no haber escuchado ningún rumor, antes bien los señores de toda la tierra guatemalteca han venido aquí pesándoles lo sucedido.

Es denso el temor del obispo encomendero ante posibles alzamientos de los naturales, pues el resultado de la inundación fue un formidable escollo para continuar la dominación y el sometimiento de los aborígenes. Es de suponer que la sublevación no sería necesariamente por la destrucción de la ciudad, sino por la serie de hechos concatenados que pudieron abstraer la atención de los naturales a la evangelización, la parte diplomática del etnocidio y finalmente levantarse en armas para sacudirse el humillante yugo de la opresión.

Posiblemente el temeroso obispo recordaba al pueblo aborígen agobiado por el peso de la esclavitud. Recordaría su eminencia que para solaz de los españoles principales, en 1530 se impuso el tributo en oro y hombres para ir a lavar oro a los ríos. Otros hombres fueron enviados a trabajar de esclavos en la ciudad de Santiago. Se acordaría también su Ilustrísima cuando el 24 de septiembre de 1532 moría el rey Belehé Qat mientras lavaba el oro en el río, lo cual a todas luces fue una humillación muy grande tanto para el rey como para su pueblo. Además, a su muerte fue nombrado un castellano como rey de los naturales.

Al atar cabos, su Ilustrísima pudo entender que la muerte del Adelantado, la absoluta tristeza de doña Beatriz, dama principal, la inundación enviada por la ira divina contra la esposa del Adelantado tal y como lo predicó su eminencia, al morir ésta por dicho castigo que también él en su sabiduría afirmó, además de morir muchos españoles principales, podía ser interpretado por los naturales como la manera airada en que el dios castellano le quitó su favor al conquistador, que se trocó finalmente en la pérdida del puesto de avanzada más importante por su condición de centro del naciente reino de Guatemala.

También el obispo recordaría las ejecuciones por ahorcamiento a varios jefes aborígenes en fechas sumamente recientes a la pérdida de Santiago en Almolonga. Todas esas vejaciones dejan profunda huella en el orgullo de los hombres que deben perderlo al arrodillarse ante la prepotencia del extranjero. La guerra santa se le trocó en hierro candente que le quemaba el gallardo arrojo español del siglo de las luces.

Hoy el pequeño pueblo que se alzó de sus antiguas ruinas araña las faldas del Hunahpu imponente, en un ascenso lento pero continuo. La tradición está viva en las mentes del pueblo, talvez presintiendo una nueva tragedia, aunque claro está, ya no existe Beatriz para culparla de la destrucción que ocurra, quizás otra descarriada dama del patriarcado intocable llegará a ocupar su puesto en el castigo. Al parecer, los flujos de lodo han sido comunes en la historia geológica del lugar. La huella morfológica evidencia que parte de la actual Ciudad Vieja se ubica sobre depósitos de antiguos flujos, bisabuelos del originado en la trágica noche del 11 de septiembre de 1541. La evidencia concreta de esa huella es que se tiene que ascender una pendiente suave de cerca de 10° para llegar a una quebrada que discurre dentro de la población. Muchos vecinos concuerdan con el hecho de que dicha quebrada, en época de lluvia, presenta crecidas que afectan viviendas en la cuenca baja, en su confluencia con el río Guacalate. En marzo de 2006 un flujo afectó algunas viviendas ubicadas en las márgenes de tal quebrada, recuerda don Manuel Gómez, vecino de Alotenango. Además, en ocasiones de fuertes precipitaciones, las calles quedan ocultas tras los fragmentos pétreos depositados por los flujos de lodo desde las laderas del volcán, según comenta don Feliciano Olaya y don Faustino Suleta López, vecinos de Ciudad Vieja.

Actualmente, Ciudad Vieja es rural, pequeña, muy reposada, no se observa un intenso turismo. Sus habitantes, algunos trabajan en Antigua Guatemala y otros se quedan en la población en prácticas agrícolas y comercio menor. Las construcciones de la población son una mezcla entre lo criollo y el Art Decó de los años de 1950. El templo es la estructura arquitectónica más importante de la población, misma que está ocupando las partes bajas de las laderas del edificio volcánico.

Una desvencijada placa puesta en las ruinas que aún se conservan del Palacio, una majestuosa bóveda de cal y piedra de unos 6 metros de altura y un grosor de por lo menos 50 cms, advierte al caminante la tragedia, donde con costos se lee: “*Detened el paso viajeros esto es lo único que hoy queda del palacio de los Conquistadores de Guatemala. Aquí perecieron la sin ventura doña Beatriz de la Cueva y once damas de su corte en la catástrofe de la ciudad el 8 de setiembre de 1541*”. Es lo que queda para alimentar una historia convertida en leyenda que hasta la fecha difiere de la de los textos. Es la trágica historia de una mujer y una ciudad, Santiago de Almolonga, que en lengua nahual significa lugar donde brota el agua.

Fuentes consultadas

Archivo General de Indias, *Patronato*, 181, ramo 2, (2), s.f., anónimo.
 Recinos, A. (Traductor). *Memorial de Sololá. Anales de los Kaqchikeles. Título de los Señores de Totonicapán*. Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1993.
 Entrevistas a: Celso Reyes, Manuel Gómez, Feliciano Olaya, Faustino Suleta, vecinos de Ciudad Vieja.

Psicosis

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

¿**P**or qué estoy aquí, preso voluntario, en esta oscura habitación? ¿Qué me condujo a este estado, opresivo, malsano? ¿Por qué encerré mi vida, mi ilusión, aún en la flor de mi existencia?

Esta cretina que revolotea en la penumbra me tiene paralizado en esta esquina.

Intenté recuperarme. ¡Oh Dios! Sí que me esforcé, pero fue inútil. Es un fardo que no desaparece.

El temor que llevo dentro me devora, me destruye.

¡No puedo más con mi vida!

¡Suicidarme! Soy demasiado cobarde para ello. Mi pusilanimidad no me lo permite.

Por mi cobardía debo seguir aquí, en este ominoso lugar que en un futuro, posiblemente cercano, será mi tumba, mi descanso eterno.

¿Cómo empezó todo? ¿Qué hizo posible mi misoginia y ese temor por lo bello?

Quedé huérfano muy chico de padre. Mi madre contrajo matrimonio con un famoso político que poseía fama, fortuna y era apuesto, por lo menos así lo pensaba la mayoría de las mujeres que en ese tiempo se referían a él. Además, como buen político era convincente en lo que decía, pero no en lo que hacía. Era un lambiscón descarado. Sin embargo, esas cualidades sedujeron a mi madre.

Él me compraba juguetes bellísimos, nos llevaba a ambientes elegantes, sofisticados. Debo admitir que aunque lambiscón, tenía un excelente gusto.

Obviamente, una vez que contrajeron matrimonio abandonamos nuestra vieja casa por la de él, un palacete rodeado de un jardín con flores de todos los colores y tamaños. Las aves y las rutilantes mariposas llegaban a chupar el néctar de las flores.

Yo corría como un poseso dentro de ese enorme jardín, como nunca vi uno igual y me extasiaba con las obras de arte que adornaban el jardín y el resto de la mansión.

Fue pasando el tiempo lentamente pero mamá no daba por terminada su luna de miel. Se le hizo eterna, entre otros motivos porque, pienso, mamá tenía adicción por la belleza, todo lo bello la impresionaba hasta el vértigo. Pero además, era apasionada por el dinero, la riqueza la enloquecía, los lujos y todo eso que huele a gloria, a cursis vidas glamorosas. Él me compraba cuanto quisiera tener en mi poder y con esos obsequios me fui apegando a su presencia. Jugaba conmigo a las escondidas, al quedó, recuerdo que cuando me capturaba me abrazaba y rodábamos por el césped del jardín en franca carcajada y cientos de mariposas salían volando en todas las direcciones.

Cuando cumplí los trece años, me obsequió mi deseada bicicleta, una montañera, con tres platos de marchas que podía cambiar cómodamente desde la manivela, unas llantas que me hacían imaginar una de esas maquinarias pesadas que tantas veces vi en los proyectos urbanísticos a los que lo acompañaba. Y ese color azul profundo... me enorgullecía cuando la manejaba en las calles del barrio, primero, y en las calles de ronda llenas de barro, después.

Tenía esa fiebre por la bici, y un día me monté en ella y pasé por una terraza que la mansión tenía y choqué contra una escultura que él le había comprado a mi madre para un cumpleaños, obra de uno de los escultores más afamados del momento. La vi caer como en cámara lenta desde su pedestal y quebrarse en cuatro partes. Al estruendo llegaron mi madre y él, ella se puso de un humor negro encendido contra mi falta de responsabilidad, que la bici no era para usarla

dentro de la casa, que me iba a castigar severamente, que me había hecho un desobediente, entre otras linduras que me largó en segundos. Él la calmó, dijo que yo no tenía la culpa, que le llevaría los pedazos al escultor para que la arreglara, que no había pasado nada grave, y una retahíla de frases que lograron calmar a mi madre. Él me vio con una expresión que antes no le había visto, una mirada extraña, como cuando yo veía los dulces de leche en el escaparate de la cocina, o eso fue lo que me imaginé en ese momento.

Un día llegué a la casa con la nota de un examen de matemática extremadamente baja. Para mi madre una nota así era motor para una regañada de horas. Decidí enseñarle la nota a él, que se quedó analizando el examen y al rato, cerca de cinco minutos que me parecieron varios siglos, me dijo que le ocultaría esa nota a mamá si a cambio salía mejor en el siguiente. Ante la mirada de mi asustada cara, él me abrazó y fue un abrazo fuerte, me estrechaba muy cerca de su cuerpo, de hecho podía sentir sus músculos que me atenazaban. Me dijo que esa mala nota era consecuencia de perder el tiempo con mi reciente novia, que mejor pasara más tiempo en la mansión, que él quería ser mi amigo y una retahíla por el estilo.

Un día en el jardín me quité la camisa, quedé en pantaloneta mientras lavaba mi montañera del barro que la cubría de mi última incursión a la montaña. Él se apresuró a ayudarme y comenzó a mojarme con el chorro a presión de la manguera, entonces empezamos un juego en el césped, diferente, similar al momento cuando las mariposas succionaban el néctar de las grandes campánulas moradas del jardín. Luego, en mi cuarto me sentí raro, era un sentimiento extraño. Pensaba en lo que él me había dicho cuando terminamos el juego y retozamos en el césped, que ya no era un niño sino todo un hombrecito, las semillitas de la flor habían madurado.

El siguiente fin de semana, mi madre se ausentó de la mansión por un viaje de negocios, o eso es lo que ella decía, porque empecé a sospechar que esos constantes viajes de negocios eran realmente una escapada para verse con un tipo que empezó a rondarla, también millonario como él. Me di cuenta un día cuando mi padrastro no estaba, llegué del colegio y mi madre acompañada con un tipo joven, pensaba que no había nadie en la mansión, sin embargo ella nunca se enteró de que yo sabía sus cuentas. Un día de esa semana estaba yo en el jardín tomando el sol con solo mi pantaloneta de baño, cuando él apareció y se tumbó a mi lado a tomar el sol, a hablarme sobre las cosas del colegio donde yo estaba, a decirme que no me asoleara demasiado, que se preocupaba porque mi fina piel podría adquirir el cáncer, por el rollo ese del agujero de ozono, y mil baraturas más hasta que se acercó y empezó a acariciarme la espalda, a ponerme el bronceador lentamente... yo imaginaba al colobrí introduciendo su endurecido pico hasta alcanzar el deleite del néctar deseado. Me acuerdo de un breve grito ahogado por un también breve sollozo.

En el colegio tuve un compañero despreciado por todos, se llamaba Julio, mis compañerillos se burlaban de él porque decían que era raro, amanerado, no sé, una suerte de mezcla entre hombre y mujer, una especie de ser andrógino, antes no sabía de la existencia de esa palabra, pero me la imaginaba. Empecé a burlarme de Julio, no tanto porque me cayera mal sino por sentir que yo era

aceptado por el grupo de los populares del cole. Sin embargo, cuando fui madurando y cayendo en las consecuencias de las actitudes que le endilgaban al pobre de Julio, entonces, empecé a sentirme incómodo, de mal humor, llegaba a la mansión y no quería hablar con nadie, ni que nadie me dirigiera la palabra. A nuestro modo, ambos fuimos víctimas del sistema que no admite diferencias más allá de los límites que impone.

Es la edad. Todos los adolescentes de esa edad se ponen la mar de repugnantes, decía mi madre, era su comentario oportuno para no enfrentar el problema de mi existencia en esa mansión. Los encuentros de él conmigo continuaron, se hacían más frecuentes y siempre finalizaban con los tonos de hematita que arrancaban lágrimas silentes. Empecé a tener pesadillas, sentía que estaba despierto pero no podía incorporarme y alguien me tomaba por los hombros y me encumbraba hasta que despertaba sofocado, sudando copiosamente. Ya despierto pensaba en Julio, su calma y esa indiferencia cuando se le molestaba, realmente me parecía que navegaba a través de un mar en calma, yo en cambio estaba pasando una tormenta.

Un día mamá se enteró de todo y le puso el divorcio, él lo tomó con calma y llegaron a los acuerdos en estos casos en que hay personas de alcurnia involucradas: una fuerte suma de dinero por el silencio y su ausencia. Una suma que engrosó la ya gruesa suma que mi madre tenía en el banco. Se casó con el pretendiente que ya tenía, y cuando cumplí diecisiete años me alquiló esta vivienda donde hoy estoy y me dejó una suma importante. Cuando cumplí la mayoría de edad despedí a la empleada y viví completamente solo. Desde los encuentros en la mansión hasta ahora han pasado largos diez años en que no he podido superar mi terror irracional a las mariposas, las flores y todo lo bello, pues todo lo que incluso presuma de serlo me recuerda mis días en el jardín. Incluso, me inquietó mi propia fotografía de aquella época en que vivía en la mansión, me llenó de terror, porque reproducía la imagen de un muchacho de tez agradable, bella y con un cuerpo estilizado.

Entonces me vinieron a mi mente como en un poderoso remolino las bellezas de mi infancia: las flores lindas y las aves y mariposas bellas, de lindos colores, los bellos lujos de la mansión, el gusto de mi madre por todo lo que era bello, agradable. Todo me daba vueltas en la mente, me sofocaba... el colibrí metiendo su endurecido pico en la abierta flor, las mariposas succionando el néctar de las campánulas moradas, las estatuas del jardín presenciándolo todo, y tan bellas, todo me llegó de pronto a la mente, y grité, grité con todos mis pulmones, con todas mis ganas para dejar salir al galope todas mis frustraciones, mis amarguras. Todo eso conjugado dio como resultado mi actual debacle anímica, espiritual, mi animosidad por lo bello, porque fue lo bello lo que me perdió, mi suicidio en cámara lenta, mi bello terrífico infierno.

Entendí, o creí entender que la belleza es la debacle de los sentidos y de la conciencia. ¿Será por esto que muchos eremitas se ocultan del mundo y sus placeres? Se alejan de lo bello para que no interrumpa sus meditaciones, no lo sé, pero eso sentía en ese momento.

Cuando lo vi a él, lanzándose para diputado, vomité todo lo que tenía en el estómago, me dio un impacto mórbido por comprender los elementos que llegan a mancillar los altos poderes de la república. A mi madre no he vuelto a verla, después de su periplo por Europa, vive ahora en una casa de campo en el Cerro de la Muerte. Solo sé que aún vive porque mi cuenta de banco se infla moderadamente cada fin de mes. De todos modos, entendí que mi madre sacó provecho de nuestros días en la mansión, pues todo se redujo a un fajo de billetes que ni siguiera yo, el perjudicado, pudo disfrutar en su totalidad. ¡Disfrutar! ¡Sí, claro, disfrutar! Me da risa de solo pensar la palabra.

Hoy, en este lugar, en penumbra, todo en tonos de gris oscuro, como mi alma marchita, solo espero el momento de morir, de hecho me encerré y tiré lejos la llave. ¡Sigue esa cretina revoloteando, causándome vértigo! Debe ser que esa mariposa quedó como yo, atrapada en este sinsentido de penumbra ...

Supongo que me estoy suicidando, tal vez de manera elegante. ¿Suicidio? Pienso en el concepto que esa palabra encierra, y descubro que es posible que mi suicidio empezara en el momento en que la primera mariposa absorbiera el néctar delicioso de la enhiesta turgente flor de primavera.

El rezo

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

-¿**V**as a ir al rezo de los nueve días de don Nicanor?
-¡Claro mujer! ¡Todo el barrio va a asistir! ¿No ve que era un hombre muy querido en el pueblo?

-Además, es bueno acompañar en su dolor a doña María, que quedó tan solita la pobre, pues casi todos los hijos se le casaron, solo queda Norma la hija menor, que por cierto no creo que vaya a vivir mucho con doña María.

Llegó el día en que se rezaban los nueve días desde la muerte de don Nicanor Vargas, todo un personaje de la comunidad. Entre tanto, doña María preparaba las comidas, el café, el rompope, contrataba el guaro de contrabando, le jalaba el pescuezo a las gallinas para el arroz con pollo y regateaba con el rezador, todo para que los nueve días sirvieran para darle ese empujón al alma de su esposo y encumbrarlo hasta el paraíso. La casa reventaba de vecinos que querían rendir homenaje al buen viejo de don Nicanor, el prestamista del pueblo y reconocido católico a carta cabal.

- Y el rezador empieza con el primer rosario
- Por la señal de la santa cruz ...*
- ¿Viste como está la carajilla de doña María?
- Sí, por cierto, que desde hace algunos días la veo rara.
- Santa María madre de Dios ...*
- Sí, mujer, dicen que metió las patas con el noviecillo ... *Ruega por nosotros...*
- Dios te salve, María llena eres de gracia...*
- El novio es ese carajillo, hijo de don Toño, el de la pulpería.
- Sí, pero dicen que es un vago... *El señor está contigo...* solo en estudiar se la pasa, y dicen que ni estudia, que se va a la universidad a fumar esa cochinado.
- Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros...*
- Mae, ¿viste como está Rosita? ¡Está como quiere! ...
- Sí, pero es una hartada, como está en la U, se siente superior a todos acá en el barrio.
- Además, es una gran zorróna.
- Dios te salve María, llena eres de gracia...*
- ¡Este rezador siempre mamitas! ... *El señor está contigo...* Cuando fue compa mío en el cole, parecía del otro potrero...
- Carlos, el hijo de don Ruperto, me contó que trató...
- ¿Ruperto? ¿El que dejó panzona a la hija de don Olegario? *Bendito es el fruto de tu vientre ...*
- Sí, ese mismo, ya el carajillo está en la escuela, cómo pasa el tiempo...
- Padre Nuestro que estás en el cielo...*
- Pues Carlos me contó que el rezador trató de mandarse a su hermanillo... *Santificado sea tu nombre...* Dicen que lo comenzó a tocar y fue cuando llegó Carlos y se percató de lo que estaba pasando... *en la tierra como en el cielo...*
- Segundo misterio de gloria, Jesús...*
- Ese mal parido del presidente, no se sacude la carga de impuestos que varios diputados quieren aprobar, claro pa' jodernos a todos...
- Dios te salve María, llena eres de gracia,*
- Sí, pero seguimos votando por esos miserables.
- Sí, pero ese carajillo de todos modos es medio rarillo... *el señor es contigo...*
- Normita se ve como pálida, no tiene los colores que lucía antes... *Bendita tú entre todas las mujeres ...*
- Claro, mujer, cómo va a creer que va a tener los mismos colores, ¿no ve que ya no es pura?... *Santa María, madre de Dios...* Ve como se le ve la pancilla, ya más crecidilla, pobrecita... *Ruega por nosotros ...*
- ¿Por qué pobrecita? Bien que le gustó jugar con el noviecillo... *Dios te salve María...*
- (¡Qué lindo está ese crucifijo!, me lo llevo cuando termine este rezo, me sirve para otros rezos que tenga que hacer, así puedo cobrar más caro) –*Santa María, llena eres de gracia, el Señor está contigo...*
- Así como lo ve ahí tan sumiso haciendo el rezo, no puede ver chavalitos porque se le moja la canoa... *Bendita tú entre todas las mujeres ...*
- Dios te salve Reina y madre, madre de misericordia...*

-Mae, ahora que termine el rezo la voy a invitar a ir al baile del domingo... Mae, ¿usted cree que se apunte?

-Mae, ¡pregúntele!

-Ya la roquita debe estar con el cafecito. ¡Qué rico! Ojalá ese mae termine pronto esta vara, ¡qué bostezo!

-Así como lo oye. Don Nicanor no fue una santa paloma, le quitó tierras a muchos vecinos porque se endeudaron y no pudieron pagarle.

-Claro, así se hizo millonario el gran ladrón. Debe estarse quemando en los infiernos ... ¡Oh! *Virgen María ruega por nosotros ...*

-*Señor ten piedad.*

-*Cristo, ten piedad...* ¡Que tenga piedad del alma de ese usurero!

-A mi casi me quita la casilla y el cerco, viejo cabrón ese.

-*Dios hijo redentor del mundo.*

-¡Qué bien se ve Paquillo! Con esa pantaloneta se ve ¡hummm!...

-¿Por qué no le hablás? Dicen en el cole que a vos te da pelota...

-*Santa Madre de Dios.*

-Es que me da pena.

-*Madre purísima...*

-(Qué buenazo se ve ese carajillo de la pantaloneta)-*Madre de misericordia... perdón... Virgen prudentísima...*

-Se equivocó el rezador, está como en la luna.

-Jijijijiji...

-Callate, que nos van a echar...

-*Torre de David.*

-¡Qué madre! Empieza a llover y no traje el paraguas.

-*Reina asunta a los cielos.*

-Ya se ve movimiento en la cocina, ya huele a cafecito recién chorriao.

-*Cordero de Dios que quita los pecados del mundo...*

-A don Raquel, el papá de Hortensia, le quitó la finca por un piquillo de plata el muy sinvergüenza, pero el padre lo tenía en la palma de la mano porque ayudaba mucho en la iglesia...

-*Terminamos este rosario pidiendo por el alma de don Nicanor, que esté disfrutando de la gloria eterna. Por las ánimas benditas te suplicamos, Señor. Para que les des descanso eterno por tu bendita pasión... Buenas tardes.*

-¡Buenas tardes!

Ya no había tiempo de hablar, porque la boca estaba repleta de pan, cajetas, arroz con pollo, arroz de leche, café, entre otras delicias de doña María, agradecida por la visita de sus vecinos para rezar por el alma de su esposo. Todo fue un éxito, ahora el alma tiene camino derecho al cielo eterno.

Unos días después se escuchó esta conversación en la casa de doña María:

-Normita, ¿me has visto el crucifijo ese de mi abuelo que puse en el altar el día de los nueve días de Nicanor?

-No, mami, no lo he visto, de hecho creo que no lo veo desde el día del rezo.

-¡Qué raro! ¿Dónde lo habré puesto?

El hechizo

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Era una noche oscura, como boca de lobo. Solo los grillos y algunos ladridos de un perro quebraban la paz de esa noche, noche oscura, negra como un pecado mortal. Noche sin luna, sin ruido.

Era la noche de la aldea, allá perdida, entre el monte alto y el Reventazón salvaje, indómito. A lo lejos, solo el rumor del río servía para acunar a los campesinos que, terminada la oración a las ánimas, entregaban su cuerpo al reposo, después de la dura faena del día.

Una silueta se dibujó en la negra noche. Una silueta que, sigilosa, salió de entre un matorral y con pasos seguros llegaba hasta la ventana del cuarto de Lezmes. Un breve silbido rompió el silencio. Una ráfaga de luz apuñaleó las tinieblas que envolvían a Recaredo, el borrachín del pueblo.

-¿Ya?

-¡Sí, ya!

Lezmes saltó por la ventana y le estrechó la mano a su amigo.

-¿Qué? ¿Nos vamos?

-¡Vamos!

-¡No te vas a rajar ahora!

-¿Cómo creés? No soy cobarde.

-Pos vamos. ¡Eso sí, traete la bolsa pal'puño e'tierra!

Lezmes se cuidó de cerrar bien la ventana y siguió a Recaredo que conocía el camino como ninguno. Como borracho que era, hasta la más mínima piedra conocía.

-Vea, hay que sacar la tierra ligero y oiga lo que le digo: que cuando estemos sacándola, y sienta una inquietud en el cuerpo ni se le ocurra ispiar pa'tras ¿me oyó? No quiero que este negocito se arruine, porque entonces no hay platica ni pa' usted ni pa' yo. ¿Entiende?

-Sí, ya entendí Recaredo. No me lo tiene que repetir tanto.

-Acuérdese que esa platica le servirá pa'aumentar la buchaca que ya tiene pal matrimonio suyo con Juanita! ¿O es que ya no tiene ganas? A poco ya se comió el mandao.

Y las risotadas del beodo rebotaron contra el lejano paredón del río.

-¿Cómo cree? Yo respeto mucho a Juanita. Además, el suegro es riata, si me pilla me jode. ¡No! ¿cómo cree?

-¡O sea que ya ha manoseado esa idea! ¡Zorro!

Otras risas de Recaredo celebraron la sencillez de Lezmes.

-Entonces, haga las cosas como le digo, pa' que pronto se matrimonie y se saque a lo legal las ganas que le lleva a la tal Juanita.

Otras risotadas espantaron una parvada de aves nocturnas que estaban en la copa de un laurel cercano.

Y entre conversada y conversada, hicieron los dos kilómetros hasta el lugar.

-¿Y sirve?

-¡Pos sí! Se lanza la tierra al techo y la vieja esa se espanta de aquí como quien se quita un abejón del trasero.

-Pero ¿no es malo lo que vamos hacer?

-Sí es malo, por eso le recuerdo que no vuelva a ispiar pa'tras, si no, ahí mesmito cae redondo como chayote de la chayotera. Además, la platica que nos van a pagar nos sevirá pa' ustedé y pa' yo. Así que a apechugar.

Se quedaron unos minutos en el portón apurando unos cigarrillos para los nervios, y luego entraron. Fueron avanzando lentamente y a los veinte metros Recaredo sacó la botellita de la bolsa trasera de su pantalón, la abrió y dio una buena chupada y se la pasó a Lezmes que se tragó por lo menos su cuarta de cusa que le calentó el vientre y le calmó los ánimos.

-¿Se te subió a las entendederas? Ve, el guarito soluciona todos los males.

Le volvió a dar una buena chupada a la botella y le dijo a Lezmes:

-Avancemos hasta encontrar la tumba más fresca. Esa donde enterraron a don Chepe la semana pasada. La tierra está fresca y es la que sirve pal'mandao que nos encomendaron.

-¿Por qué tiene que ser tierra fresca, Recaredo?

-Porque el ánima se enreda en la tierra cuando trata de salir de la tumba hacia el más allá, por eso cuando la tumba está fresquita, es cuando la tierra tiene jirones del ánima y más hace esfeito cuando es la' ánima en pena.

Lezmes tragaba grueso, pero se contuvo para no salir corriendo de ese lugar tétrico. Siguieron caminando hasta topar la tumba del viejo Chepe.

-Ya sabe, güevón, cuando yo saque el puñao' e tierra cuidado con ver pa'tras, no sea que se nos cebe el negocio.

-Si, sí, ya entendí.

-Ahora sí, espabilese, después que saque la tierra tenga la bolsa abierta.

Recaredo se hincó, metió las manos en la tierra y sintió un escalofrío por la espalda, pero no se amilanó. Sacó un buen puñado de tierra y dirigió sus manos hacia la bolsa que Lezmes tenía abierta.

-Recaredo, creí ver una carajada que se movía por aquellas tumbas.

-¡Pues no se fije! Posiblemente sea el mismo pisuicas, o uno de los tantos sustos que andarán por ahí.

En el justo momento en que Recaredo echaba la tierra en la bolsa Lezmes pegó un formidable brinco que botó la bolsa y con ella la tierra de Recaredo. Temblaba como una hoja en temporal. Fue tal el brinco que Recaredo perdió la dignidad y casi ensucia la parte posterior de su pantalón.

-¿Pero qué diente le pasó?

-Me tocaron la espalda, Recaredo, ¡Recaredito del alma!

-No sea güevón y pendejo. ¿No ve que es aquella rama de esa mata'e rosa?

Mejor hubiera traído a mi sobrinillo de seis años, ¡carajo!

-Esa cabrona mata me asustó.

Al otro día, Recaredo entregaba la bolsa de tierra a Leandro para que la usara en lo que consideraba importante.

-¡Que sí! Es tierra de cementerio. Si no me cree, dese una vueltica por el cementerio y vea cómo quedó la mata'e rosa que asustó a Lezmes.

Todos se esmorecían de risa en la cantina de Beto cuando Recaredo, en su particular estilo, contaba la anécdota de esa noche de hace ya tantos años.

-Sí, pues, el juanvainas de Leandro va y le avienta la tierra con toda y bolsa al techo de doña Rosa, pa' que esa vieja se fuera del pueblo porque Leandro no la soportaba. Pero naide se esperaba la sorpresa de que fue el mismo Leandro quien espantara la mula, como dicen los pachucos, pal otro potrero gracias a la patada bien dada de la mulilla nada menos que de doña Rosa, una vez que se le metió en el maizal y se lo estaba comiendo con unas ganas, entonces Leandro fue que la trató de sacar del cerco y entonces le asestó tremenda patada por el hígado que se lo explotó y él se fue en hemorragias.

-¿Entonces el hechizo ese no sirve?

-Sí sirve, Pancracio. No ve que apenas Leandro había aventado la tierra al techo de la casa de Rosa, se desató un aguacero de los mil demonios que no quedó ni la bolsa en el techo, se podía ver la bolsa bailando de lo lindo en el caño del pueblo. ¡La lluvia le espantó el hechizo!

-El que sí tuvo buena mano fue el Lezmes, pues la macheteada que le dio al rosal más bien sirvió pa'podarlo. Ahora casi es un árbol el tal rosal que le tocó la espalda al faldasmiadas de Lezmes el día que sacamos la tierra del cementerio.